

Esta es la copa de vino, tinto, como la garganta de un lobo. Rojo, como la sangre en la garganta del lobo. Y esta es la mancha que se abre sobre el vientre blanco y se despliega sobre el mantel, blanco también.

Este es el maître que corre, desesperado. Este es Lluís que da un salto hacia atrás y ve que, aunque se haya apartado, la mancha de vino sigue creciendo y abriéndose como una herida. Este es Lluís, que les dice, al maître y al camarero que volcó la copa, que no se preocupen, mientras lo ayudan a limpiarse inútilmente y él acepta el ofrecimiento de pagarle la tintorería. Y este es Lluís, cuando se vuelven a quedar solos, inspirado por esa mancha roja inmensa en el vientre, que arranca una reflexión en voz alta sobre las veces en la vida que estuvo en peligro.

El accidente en coche; había tanta niebla que no se veía el muro y se estampó contra él. Se rompió la nariz. Los dos ataques de piedra. Cuando se cayó de la bicicleta con tanta mala suerte que se rompió dos costillas. El episodio con los jabalíes. La vez esa que se descabezó el dedo mayor cortando pollo y le salieron litros de sangre. Y esa vez, con tres o cuatro años, en casa de su tía Hortènsia, que se encontró frutillas silvestres.

—Yo no me acuerdo de eso, me lo contaba mi madre. Entré en la cocina y les dije que las frutillas del jardín estaban riquísimas. Pero no tenían frutillas en el jardín. Me había comido no sé qué carajo de frutos rojos venenosos y me dieron agua caliente con sal hasta que me hicieron vomitar. La tía y mamá decían que habría podido morir. Pero vaya uno a saber, eran muy exageradas esas mujeres.

Ella, que juega con un trozo de pan, dice:

—Una vez, cuando era chica, volviendo de la escuela con una amiga, un hombre paró el coche al lado de nosotras, se bajó y me

preguntó si sabía dónde vendían helados por ahí cerca. Antes de que tuviéramos tiempo de contestar, me agarró, nos agarró a los dos, e intentó meternos en el coche. No grité. No me dio tiempo. Tenía una mano apoyada en mi hombro y se la mordí. Apreté tanto las mandíbulas que pensé que le había arrancado un pedazo de carne. Gritó y me soltó unos segundos y tuve tiempo de tirar de la otra nena, Estefania Lorca se llamaba, y nos fuimos corriendo. Pensé que nos iba a seguir, pero no. Cuando llegué a casa tenía tanto miedo que no le pude contar a mi madre hasta que no pasaron cuatro días –hizo silencio unos segundos–, a partir de eso siempre sueño que me atacan hombres que me quieren secuestrar, y que yo soy de manteca, blanda, me deshago entre sus brazos y no tengo fuerza para defenderme y hacerles daño.

Y este es Lluís que le aprieta la mano sobre el pedazo de pan. Esa historia no la conocía. Y se la imagina chiquita y preciosa y vulnerable. Y no sabe qué decir. Y se siente el corazón caliente y acobardado. Siente un odio visceral e intenso contra tantos, tantos hombres malvados. Piensa que la felicidad es como una luna, con una cara blanca y brillante y una cara oscura. Piensa que únicamente eres capaz de experimentar el más intenso de los pánicos cuando te sientes por completo feliz y estás absolutamente entregado a alguien. Cuando tienes hijos y llevas a caballito esos cuerpitos calientes y frágiles y los amas con todo lo que tienes para amar, y tienes miedo con todas las terminaciones nerviosas, con todos los "yo" que pronunciaste en la vida, del porcentaje elevadísimo de posibilidades de que les pase alguna cosa nefasta. O de que te pase a ti. Porque es mentira que los hijos alejan el miedo a la muerte. Tienes veintiocho años y un bebé en brazos y tienes más miedo de morirte que nunca. De morirte y no verlo crecer. Y te ves obligado a tragarte una porción

intensísima de ese miedo ancestral, el mismo que sientes cuando amas infinitamente a alguien, y lo descubres de repente, arriba de una moto, con el sol entrando amarillo y oblicuo en tus retinas, y Victòria cantando en la moto de atrás, y el viento que se lleva la canción. Mucho miedo de morirte, morirte muy de repente, o de que ella muera, antes de casarse, antes de tener los hijos que se prometieron, antes de entrar a vivir en Sorrabonica, antes de tener suficiente dinero como para hacer los viajes que quieren hacer, antes de envejecer muy poco a poco, antes de tener nietos y un jardín bonito, antes de dormir juntos siempre, cada noche, tantas noches para olvidar todas aquellas en las que durmieron solos.

Y este es Lluís, con el vientre manchado de vino, todavía agarrado a su mano, que piensa que, si el hombre del coche se hubiera llevado a Teresa, no se habrían encontrado y no la habría conocido, no estaría allá, en ese restaurante de pésimo servicio, dándole la mano entre las copas, llegando a la definitiva conclusión de que envejecer la vuelve exageradamente bonita y excepcional, celebrando la decisión que ya tomó de hablar con Victòria y los chicos. Levantando una copa y brindando. Girándole la mano y dándole un beso en la palma, que huele a pan.

